





CAMUCHA ESCOBAR

**LA MEMORIA
DEL MAL**

A

La memoria del mal

© Camucha Escobar, 2023

Derechos exclusivos mundiales de edición en todas las lenguas

© Grupo ILHSA S. A. para su sello Editorial El Ateneo, 2023

Patagones 2463 - (C1282ACA) Buenos Aires, Argentina

Tel.: (54 11) 4943-8200 Fax: (54 11) 4308-4199

editorial@elateneo.com - www.editorialelateneo.com.ar

Dirección editorial: Marcela Luza

Coordinación editorial: Marina von der Pahlen

Edición: Mónica Ploese

Producción: Pablo Gauna

Diseño: Marianela Acuña

Tapa: Ingrid Muller

Armado: María Isabel Barutti

1ª edición: octubre de 2023

ISBN 978-950-02-1419-3

Impreso en Printing Books,
Mario Bravo 835, Avellaneda,
provincia de Buenos Aires,
en octubre de 2023.

Tirada: 5.000 ejemplares

Libro de edición argentina.

Queda hecho el depósito que establece la Ley 11.723.

El editor se reserva todos los derechos sobre esta obra. En consecuencia, no puede reproducirse total o parcialmente por ningún método de reproducción existente o por existir incluyendo el gráfico, electrónico y/o mecánico (como ser el fotocopiado, el registro electromagnético y/o el almacenamiento de datos, entre otros), sin el expreso consentimiento de su editor, Grupo Ilhsa S.A. (Ley n° 11.723).

Escobar, Camucha

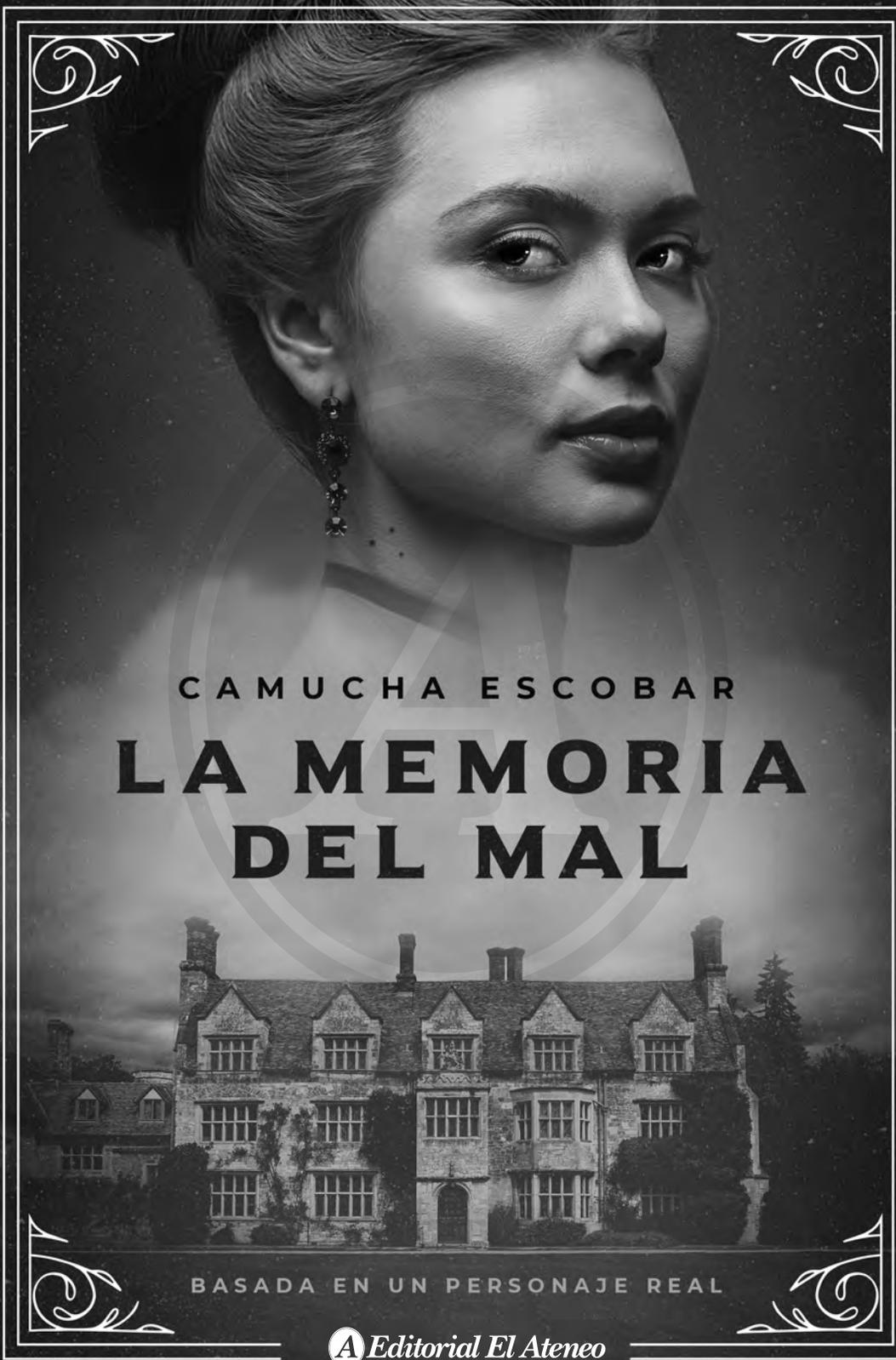
La memoria del mal / Camucha Escobar. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : El Ateneo, 2023.

544 p. ; 22 x 15 cm.

ISBN 978-950-02-1419-3

1. Novelas Históricas. 2. Novelas de Misterio. I. Título.

CDD A863



CAMUCHA ESCOBAR

LA MEMORIA DEL MAL

BASADA EN UN PERSONAJE REAL

 *Editorial El Ateneo*





*Para Luisa Delfino,
siempre presente en mi corazón.*



Lindo corazón, ¿qué es lo que te hicieron?

Lindo corazón, te volviste hielo.

*Los demonios son ángeles del cielo
que por un error les negaron el amor.*

(...)

*Van a tener que festejar
sobre mi tumba, sobre mi tumba, sobre mi tumba.*

*Van a ser mejor que yo
sobre mi tumba, sobre mi tumba, sobre mi tumba.*

Había una vez un alma bonita.

Creía en el bien que en el mundo habita.

*Quisieron hacerla una señorita,
pero eso no es lo que su alma grita.*

¿Qué es lo que está mal en la princesita?

*Que no es como otras, que no se limita,
me hicieron creer que estaba maldita, ¿y tal vez sí?*

(...)

*Van a tener que festejar
sobre mi tumba, sobre mi tumba, sobre mi tumba.*

*Van a ser mejor que yo
sobre mi tumba, sobre mi tumba, sobre mi tumba.*

CAZZU, fragmento de la canción "Sobre mi tumba"





INTRODUCCIÓN

Hija de la nada



Santiago, Chile

1664

El viento sopla con fuerza, cargado de humedad. Una nube espumosa ha cubierto el sol y su sombra tentacular cayó sobre la ciudad. Sé que falta poco y nada para mi partida. Lo siento en estos huesos viejos. Las mechass grises de mis cabellos, otrora rojos, están desparramadas sobre la almohada bordada por las monjas. Me siento débil, marchita, aunque muy dentro de mí brille una tenue luz de esperanza. La muerte me acecha y la oscuridad que la precede fragua un bálsamo sobre mi espíritu. Mientras atravieso este lóbrego valle, anhelo la comprensión de mis semejantes.

—¡Quintrala, mi Quintralita! —La voz de la nana Josefa me susurró al oído—: Cierra los ojos, bonita. No te fatigues. —Me mojó los labios con unas gotitas de agua—. ¿Sabes, mi Quintrala, que esto es pasajero? Tu nana ha traído la piedra que te albergará el alma. Es una piedra para las almas negras. —Me la colocó sobre el corazón que latía débilmente.

No pude evitar sonreír ante sus palabras. Me tenía sin cuidado volver a esta existencia. Ya he vivido a pleno.

—Tu nana ha hecho los conjuros necesarios desde que naciste para que puedas regresar —insistió la negra—. Solo hay que esperar a que se cumplan los ciclos saros.

Los caldeos, padres de la astronomía y la astrología, fueron quienes descubrieron los ciclos de saros, esa palabra que significa “repetición” en el idioma de los antiguos babilónicos. Con este descubrimiento se hizo posible predecir con exactitud eclipses con años e incluso siglos de antelación. Mi nana no solo estaba obsesionada con ellos, sino convencida de que yo volvería a la vida en uno de esos ciclos, cuando la energía que ocurre en el cielo se materializara en la Tierra por medio de un eclipse. Mis ojos parpadearon como si algo les molestara, pero estaban más secos que el polvo del desierto. Mis labios se abrieron y de ellos manó mi voz en un susurro:

—Sé que eso pasará, mi querida Josefa, y también sé que tú me estarás esperando.

La nana tenía los ojos llenos de lágrimas, mientras sacaba un objeto de un relicario.

—¿Ves, mi niña? Aquí tengo la piedra negra. No fue fácil conseguirla. No. No. Tuve que hacer algunos pactos con quien no debía... En fin, cuando cierres los ojos, tu alma dormirá en esta piedra.

Habrán de pasar muchos, pero muchos años, para que vuelvas a la vida. Entonces...

Las palabras de mi nana se convirtieron en humo. Un humo ligero y gris, que se extendió por la habitación hasta envolverme por completo.

Siempre había recuerdos y dentelladas que mi memoria almacenaba en el pecho. Por ello, en estos momentos en los que aguardo la muerte, viajo al pasado: tengo presente haber dejado insepulto el cuerpecito del hijo de Ñatucón, a quien maté a palos. Por el cadáver pasaron a sus anchas tanto gusanos como animales carroñeros. ¿Acaso aquel pequeño se cobraría con creces el crimen que había cometido? No me interesaba. Ñatucón lo tenía bien merecido por traidor. Se me presentó otra imagen que creía olvidada: la cabeza de la negra que aullaba a mansalva dentro de un horno mientras era sostenida por un verdugo. Me estremecí, no por arrepentimiento, sino por la fiebre que me sacudió las entrañas y me hizo castañetear los dientes en una letanía fúnebre. Me di cuenta de que recordar atrasaba mi muerte y me sumergí en aquellas memorias...



Hacienda El Infiernillo, Valle del Maipo, Chile

23 de enero de 1917

Aquella madrugada, el cielo se oscureció de repente: un siniestro eclipse cubrió de noche el lugar. Todos supieron que algo terrible iba a acontecer.

El viento agitaba las copas de los árboles. Los gritos, audibles en toda la casa, cubrían de tristeza y desesperanza tanto a los patrones

como a los criados. Estos, con los ojos llorosos y los rostros contritos, aguardaban las noticias.

Don Enrique de los Ríos y Lisperguer apretaba con fuerza el vaso de whisky. Apenas había podido beber uno o dos sorbos de tanto nervio contenido. La cabeza le daba vueltas, una sensación de vacío le subía por las piernas y las náuseas amenazaban con convertirse en arcadas. Se sentía culpable, con justa razón. Por su porfía y en contra de las recomendaciones del médico y los propios deseos, Leocadia, su esposa, había accedido a tener un hijo. Ahora era tarde para lamentos. El mal ya estaba hecho y los gritos de la mujer resonaban en la hacienda.

Al cabo de dos horas, todo fue silencio.

—¿Qué ha ocurrido? ¿Por qué no se escucha? —Don Enrique había apoyado el vaso sobre la chimenea y miraba a su cuñado Markus. Sabía muy bien que, mientras sintiese remordimientos, duraría la culpa.

—Tranquilo, Enrique, no desesperes. —Markus lo consolaba. Su mirada encerraba algo rabioso y lo recorría con una violencia callada.

—¡Patrón! ¡Patrón! —exclamó Serafina, que se acercaba corriendo—. Su hijita ha nacido. Es una cabrita requetelinda.

Don Enrique tragó saliva y se hizo la señal de la cruz en agradecimiento. Debía encargar varias misas por aquel milagro.

Se acercó hasta la habitación y llamó a la puerta con suavidad.

—Pase, patroncito, pase. —La negra Josefa lo guio hacia la cuna—. Mire qué preciosidá.

Entre encajes y moños, don Enrique alcanzó a ver a la pequeña. Con cuidado, la levantó.

—Es perfecta. —La emoción lo embargaba—. ¿Y esto? —Le señaló una cinta roja donde colgaba un relicario que se enlazaba al bracito izquierdo.

—Mejó no lo abra, patroncito. E pa'l mal de ojo y puede perdé su efeto —mintió Josefa sin ningún ápice de remordimiento. La gema que contenía el alma negra de la Quintrala ya estaba en el lugar correcto. La nana, que había esperado siglos por su niña, supo que aquel día renacería. Así estaba escrito en el cielo. Suspiró profusamente. Ansiaba con fuerza poder descansar sus huesos viejos de una vez y para siempre.

—Sabes muy bien que no me gustan estas cosas, Josefa. —La mirada de don Enrique era severa.

—La doña me lo pidió.

—No entiendo cómo Leocadia cree en esas estupideces. En fin, ha sufrido tanto con este parto que bien le puedo consentir un capricho, siempre y cuando no afecte la salud de la criatura.

—Nadita de eso, patroncito.

En ese momento, la recién nacida abrió los ojos y el padre pudo observar que eran verdes. Pero no un verde cualquiera, sino verde esmeralda.

—¡Ay, Josefa! ¡Qué ojos tan extraños! Parecen de niña y anciana a la vez.

La negra asintió. Había visto las tres verrugas en el cuello de la pequeña y la mancha con forma de luna en cuarto creciente en su hombro izquierdo. “Ahora sí, mi Quintrala. Ahora ya estamos juntas otra vez”, se dijo sonriente.



Doña Leocadia tenía los ojos cerrados. El parto había sido largo y harto dificultoso. Don Enrique se acercó a la cama y la besó en la frente.

—Descansa, mi vida, que la pequeña Catalina ya está entre nosotros.
—Se prometió compensarla por tanto tormento.

Carmen de los Ríos y Lisperguer, hermana de Leocadia, la había acompañado en el dificultoso parto. Por unos instantes presintió que la niña estaría de manera irremediabilmente ligada a su vida y a su muerte. Un escalofrío la recorrió y apartó esos pensamientos con un solo parpadeo para volver a la realidad.

—Bebe un poco de agua, hermana, así te sentirás mejor. —Una vez que hubo atendido a Leocadia, abandonó la habitación de la parturienta.

La negra Josefa se inclinó sobre la cuna. La Quintrala le sonreía satisfecha.

Enrique se acercó al doctor Helguera Castro, que le hizo una seña con la cabeza para que salieran al pasillo.

—Ha sido un parto muy difícil, Enrique. No puedo ocultarlo; en un momento pensé que perdíamos a Leocadia. Debes tomar las medidas oportunas para que tu mujer no vuelva a ser madre. Es demasiado peligroso. —El médico hizo una pausa y lo miró muy serio—: Que alguien del servicio se ocupe de la pequeña. Leocadia va a tardar en recuperarse. Debe seguir mis indicaciones a rajatabla si quiere ser la misma de siempre.

Don Enrique asintió preocupado. Se haría todo lo que el médico indicaba y más. Le encargaría el cuidado de la niña a Josefa, que estaba con la familia desde que él tenía uso de razón. Con el fin de recobrar la serenidad perdida, le convidó un cigarro al doctor Helguera Castro y salieron a fumar a la terraza.



Doña Leocadia estaba inmersa en un sopor que aliviaba en gran parte el dolor que sufría. Sin embargo, se las arregló para hablar con Josefa.

—Dime que sus ojos no son verdes...

La negra no le contestaba.

—Dime que no tiene el cabello rojo...

—Es muy pronto pa eso, patroncita.

Las lágrimas corrían por el rostro de la mujer, que retorció con sus manos las sábanas blancas.

—¡Me quiero morir, Josefa! ¡Me quiero morir! ¡Yo no quería a esta hija!

Josefa no le contestó y se llevó de la habitación a la recién nacida.



Mendoza, Argentina

1939

Don Porfirio Cifuentes fumaba uno de sus puros, traídos para él desde Cuba. Era un hombre que rozaba los sesenta años, viudo y muy exitoso en sus asuntos turbios. Se ocupaba de regentear los distintos cabarets y casinos de la provincia. De reputación temida en el bajo mundo, una mala mirada que le dirigieras podía arrebatarle la vida, y un mal gesto, dar con tus huesos en alguna zanja. Estaba muy satisfecho con su existencia hasta que en su camino se cruzó Luisa Lascombes. La joven, de una belleza infrecuente, logró despertar sentimientos que don Porfirio jamás había experimentado hacia ser alguno: una necesidad imperiosa de posesión, no solo de aquel cuerpo escultural que se vislumbraba bajo las vestimentas, sino también de su alma. Poseer a Luisa se había convertido en su obsesión. Una obsesión rayana en la locura. Necesitaba que fuese suya y pensaba utilizar cualquier medio para lograrlo. Por eso, se había reunido con el padrastro de la joven y le había hecho una oferta jugosa: el casamiento con ella a cambio de convertirlo en su mano derecha.

—Don Porfirio, la verdad es que me dejó boquiabierto con la propuesta. Jamás me imaginé que un hombre de mundo como usted pudiera siquiera reparar en nuestra Luisita. —La lengua de Jacobo Alvarado serpenteó por encima de sus labios.

—Debo confesarle, mi estimado, que a mí también me han sorprendido estas ganas de casarme otra vez. ¡Ya ha pasado mucho tiempo desde la pérdida de mi difunta, que en paz descanse! —Don Porfirio se persignó, simulando un dolor que jamás había sentido. Una vez que fuese el marido de Luisa, se encargaría de la parentela. ¡Je! ¡Je! El estúpido de Alvarado pensaba que cumpliría su palabra. “¡Cuánta necesidad, por Dios!”, pensó.

—¡Luisa! —la llamó el padrastro con aquel tono meloso que la joven detestaba—. ¡Ven, querida! —La ambición había comenzado a crecer en su interior.

Aquella tarde, como su madre no estaba en casa, Luisa tuvo que alcanzarles el café. En todo momento sintió la mirada lasciva de don Porfirio sobre su cuerpo. Creyó que moriría de asco.

—¡Ya está hecha toda una señorita, nuestra Luisita! —Su padrastro la sopesaba como a una mercancía. Era un individuo malencarado y peligroso.

—Ya lo creo. Es toda una beldad —respondió don Porfirio con una desagradable expresión lujuriosa.

El viudo llevaba peinado el cabello negro sin canas hacia atrás con brillantina, que dejaba al descubierto unas prominentes entradas. Sin embargo, su rasgo más característico eran las variadas cicatrices que le surcaban un lado de la cara. Se decía que lo había marcado un novio despechado al cual no tardó en mandar al otro mundo. Sus cejas oscuras, ominosas, se levantaban en forma de arco, confiriéndole un aspecto de perpetuo asombro. De las orejas y de los orificios de la

nariz le salían largos pelos. La exuberante barriga se desbordaba sobre el cinturón de cuero. Siempre que Luisa lo veía, se apoderaba de ella una inquietud que no lograba explicarse. Su mente captó el olor a tabaco seco y desconocido que manaba del hombre como el olor del peligro. Escapó lo más rápido que pudo de la sala y se encerró en su habitación.

La irrupción de don Porfirio Cifuentes en la vida de Luisa Lascombes puso su mundo del derecho al revés.



En la noche, durante la cena, Jacobo Alvarado les comentó:

—Pues vamos, niña, que ya te he conseguido novio. —En su rostro había vuelto a aparecer aquella mueca indefinible.

—¿Novio? A mí no me interesa nadie —le respondió Luisa pronta, imaginando muy bien de quién se trataba.

—¿Qué dices, Jacobo? —intervino doña Ernestina—. Si Luisa tiene tan solo veintidós años. Todavía no se ha recibido de maestra.

—¡Qué maestra ni qué ocho cuartos! De acá se me va casadita con don Porfirio y no quiero que se me contradiga.

—¿Don Porfirio Cifuentes? ¿El viudo? —La incredulidad y el horror se reflejaron en el rostro de doña Ernestina.

—El mismo que viste y calza. Esta tarde me hizo una visita y me confesó su interés por la niña. —Sonrió de un modo que helaba la sangre.

—Pero si ese hombre podría ser mi padre o mi abuelo —exclamó Luisa, espantada. El rubor le encendió las mejillas.

—¡Jamás lo voy a consentir! ¡Jamás! —Doña Ernestina se mantenía en sus trece.

Entonces, Jacobo se acercó a ella y su puño impactó en la cara de la mujer. La lanzó de espaldas, volcando una de las sillas. Doña Ernestina

cayó al suelo como un guiñapo y se cubrió la cara. Jacobo le dio una patada en el estómago. Luego, se agachó, le apartó los brazos y la abofeteó una y otra vez. Un hilo de sangre salía de la boca de la mujer mientras escupía un diente.

Luisa corrió a ayudarla, a la vez que lo maldecía:

—¡Basta! ¡Basta! ¡Desgraciado! ¡Malnacido! Lo voy a denunciar a las autoridades.

Haciendo caso omiso de sus imprecaciones, él amenazó a su esposa:

—Si piensas enfrentarme, ya sabes lo que te espera, Ernestina.

La mujer guardó silencio. La había dejado hecha un Cristo.

—No, no, por favor, no le haga más daño. Yo me casaré con don Porfirio —le prometió Luisa. La ira se agazapó detrás de sus palabras. Siempre había sabido que su padrastro era un matón de tres al cuarto.

—Así me gusta, querida, bien mansita.

A pesar de que percibía su hostilidad como una pestilencia, Luisa aunó fuerzas y lo enfrentó.

—Me caso con don Porfirio siempre y cuando usted no le vuelva a poner un dedo encima a mi madre. De lo contrario, no habrá boda.

El rostro de Jacobo se oscureció.

—¡Cómo te atreves! —Se le acercó con la mano en alto, dispuesto a darle una cachetada.

Luisa dio varios pasos hacia atrás.

—Si usted me pega, yo se lo cuento a don Porfirio. No me quiero imaginar el disgusto que se va a llevar al saber que a su futura esposa la muelen a palos.

El brazo de Jacobo quedó suspendido en el aire. Sabía que sus palabras eran la pura verdad. Don Porfirio sería capaz de no soltar ni

un centavo si le pegaba, peor aún, se podría desquitar con él. Nada más cierto que aquel dicho: “Cuando el dinero habla, todos callan”.

—Está bien. Tengamos la fiesta en paz. —Le dedicó una gélida sonrisa, enseñando los dientes como un perro ante su presa.

A pesar de saber que tenía que hacerse perdonar el rosario de violencias con que había castigado a doña Ernestina en los últimos meses, no pudo evitar amenazarla:

—Que sea la última vez que te haces la chúcará. —Hizo una pausa y agregó—: Haber sacado del medio al infeliz de tu marido fue un mal negocio.

Luisa creyó que iba a desmayarse. ¿Qué significaban aquellas palabras? trató de no pensar en ellas, pues se creía capaz de cualquier cosa y sabía muy bien que su padrastro no era un hombre que pudiera tomarse a la ligera. Su rostro era una máscara de maldad: las fosas nasales ensanchadas, el mentón prominente, las manchas de oscuridad absoluta en las cuencas de los ojos. Provocaba miedo en todos y ella no era la excepción. Sintió angustia al mirar hacia adelante y aventurar un futuro aciago.

Carlos Alvarado había presenciado la escena con incredulidad. No le cabía más rencor en la mirada que le dirigió a su padre. Iba a vender a Luisa a aquel *cafísho* de Cifuentes y él no podía evitarlo. Apretó los puños en un gesto de impotencia.



CAPÍTULO 1

El mal

A

Santiago

1664

No puedo evitar que mi mente discurra mientras espero la muerte. Imágenes borrosas de mi primera infancia; turbulentos y a veces confusos recuerdos de un tiempo en que la memoria aún no había nacido.

Desde que vine a este mundo he dado pruebas de haber heredado el carácter de la familia Lisperguer o, para hablar correctamente, Leisperberg, un apellido alemán antiquísimo, deformado fonéticamente por la imposibilidad de los chilenos de entender otro idioma que no fuese el español.



Ya desde la cuna mi instinto se cobró su primera víctima: mi madre.

Aquella madrugada, doña Magdalena Lisperguer, mi tía, y su china se dirigían a casa de madre. Les habían mandado llamar debido a las complicaciones en el parto.

Las mujeres caminaban de prisa. Doña Magdalena le confesó a su criada:

—Tengo malos augurios. Mi hermana no espera tan pronto a la criatura. —Se detuvo y susurró—: ¿No escuchas aullar a los perros? Y para colmo de males, hoy es martes...

Temerosa, la china comenzó a rezar: “Santa Ana parió a María, / Santa Isabel a San Juan, / con estas cuatro palabras / los perros han de callar”.

Doña Magdalena encontró la habitación envuelta en un aire denso a causa de los sahumeros, sin los cuales los hechizos perdían parte de su efecto.

Mi tía apenas si me echó una mirada. Al parecer, me agitaba y gritaba en aquella cuna, tal vez presintiendo el sufrimiento que causaría entre los míos, o no.

La negra Josefa se detuvo en seco y afirmó:

—Escucho el aleteo del chonchón.

Las mujeres ahogaron un grito de pavor y la negra corrió a espantarlo.

Mi nana Josefa siempre me contaba la leyenda del chonchón, una presencia maligna y muy temida aquí, en el campo chileno. Cuando se escuchaba el grito persistente “tué tué”, esto indicaba que la odiada ave había salido a anunciar la futura muerte de algún ser querido. De más está decir que intenté muchas veces convertirme en ese pájaro. Y si tuve éxito o no, tal vez lo revele más adelante.

Continúo con el relato sobre mi venida a este mundo.

Las mujeres, aterrorizadas, siguieron rezando hasta que Josefa las interrumpió:

—No siga, amita. No tiene sentido. Hay “contra” que no se puede someter.

Josefa tenía razón. El rostro macilento de madre se había tornado grisáceo y un estertor escapaba de su pecho como vaticinio de su pronta partida. El aletear del chonchón y los lamentos de los perros lo habían anunciado.

—¿Qué dices, negra descarada? ¿Cómo que hay contra?

—Esto es castigo de Dios, amita, no del diablo. ¿Se acuerda cuando la moribunda nos obligó a buscar a ese fraile...?

Mi tía empalideció por completo.

—¡Cállate, jetona intrusa! —Le dio vuelta la cara de un cachetazo—: Y llévate a la niña de esta habitación. No la quiero ver.

Josefa obedeció contrita y me sacó de la habitación. Según ella, yo estaba “ojeada”, a pesar de que nadie me había visto. Por eso fue en busca de unas hojitas de palqui. Hizo sus conjuros para sacarme el diablo del cuerpo.

—Mi Quintralita bonita —me decía—, ya verás cómo rompemos el hechizo.

Con el tiempo, comprobamos que todo había sido en vano: el diablo estuvo siempre conmigo.



—¡Josefa! ¡Josefa! —los gritos de Leocadia de los Ríos y Lisperguer resonaban por toda la casa—. ¡Ven enseguida!

La criada supo detectar el miedo en la voz de su patrona, por lo que apuró el paso. Se encontró en el baño a la mujer con la pequeña Catalina en cueros. La niña apenas si había empezado a caminar, aunque observaba todo con aquellos ojos verdes de anciana.

—¡Válgame el cielo! ¡Mira esta mancha, por favor! —Doña Leocadia le señaló el hombrito. Era la primera vez que la bañaba, ya que Josefa se ocupaba de la pequeña desde que había nacido—. Es la mancha con la forma de la luna en cuarto creciente. ¿Te das cuenta? —Sus ojos vagaban por el cuerpo de la niña como los de una loca, a salto de mata—. Sus cabellos son rojos, los ojos, verde esmeralda, los lunares en el cuello... Y ahora descubro esta mancha. ¿Por qué no me lo habías dicho antes?

—¡Ay, patrona! Usted está obsesionada con la historia de la Quintrala. No sé qué estupideces anda barruntando. —Josefa había alzado a la pequeña para envolverla en una toalla. Catalina le sonrió con afecto.

—¿Acaso no te lo he leído en miles de oportunidades? En el Anecdotario Familiar está escrito que, en algún momento, la Quintrala volverá a la vida —le contestó, tratando de dominar el terror que se reflejaba en su mirada.

Doña Leocadia se detuvo con un miedo atroz. “Siempre supe que la iba a engendrar —se dijo—. Desde pequeña intuí que yo sería la madre de aquella aberración. Me harté de escuchar lo que contaban las monjas del convento; historias que me hacían estremecer

de miedo. ¡Ay, Dios mío! ¿Por qué este castigo? Nunca quise parir un hijo, pero Enrique insistió tanto, tanto. Si con Alfredo estábamos contentos...”.

—Me parece, patroncita, que usted ha perdido los remos. Mejó baje a la cocina, que la Rufi le va a preparar una tisana de valeriana. Usted tiene los nervios destrozados.

Las manos de doña Leocadia temblaban. Cómo explicar que no sentía ningún vínculo afectivo con su hija, que le temía más que a nada y a nadie en este mundo. Todo lo contrario de lo que le ocurría con Alfredo, a quien había criado desde la cuna. Cuando su marido comprendió que ella no quería ser madre, no dudó en adoptar al hijo de unos campesinos alemanes que vivían en el sur. Los padres habían muerto. Su cuñado Markus, alemán de pura cepa, se había encargado de conseguir al niño. Suspiró. Años más tarde se enteró del engaño al que habían sido sometidos con Enrique, pero ¡qué remedio! El daño ya estaba hecho. Bautizaron al pequeño con el nombre de Alfredo. ¡Era tan lindo con aquellos ojazos azules y los cabellos rubios! ¡Y ahora había parido a esa niña que hacía que sus peores pesadillas se convirtieran en realidad! Tal vez lo mejor sería visitar la consulta del doctor Helguera Castro. Con seguridad, le podría recetar algunos calmantes antes de que fuera demasiado tarde.